

CARACTERISTICAS DE LA EXPLOTACION CARNICA EN CUNICULTURA

Es indudable que el máximo rendimiento económico de la Cunicultura lo proporciona la industria de producción de carne.

En todo animal, en cualquier animal, la carne representa el ingreso más importante de la explotación. No podemos, por lo tanto, perder de vista las condiciones óptimas para la producción de la carne, así como la elección del momento más oportuno para su aprovechamiento.

No significan las líneas anteriores menor precio de la industria de la piel, ya que ésta tiene, y tendrá siempre, un valor ciertamente interesante. Y este valor, unido al obtenido por la venta de la carne, representa y clasifica a la Cunicultura como industria muy lucrativa. Lo que queremos afirmar es que el valor de la carne superará siempre al valor de la piel, y que, por tanto, concedemos a la explotación de la carne la primacía que le corresponde, lo que no es óbice para que una-

mos ambas explotaciones, carne y piel, como la fórmula ideal en Cunicultura.

Haciendo abstracción de las muchas y complejas causas que influyen en el rendimiento de un animal, examinemos por el momento, única y exclusivamente, cuanto se refiere a su conformación externa.

El *volumen* y el *peso* son factores esenciales en el rendimiento; pero éste no será el mismo para un conejo de vientre voluminoso que para otro de vientre recogido. Un animal que posea un aparato digestivo muy desarrollado, tendrá un rendimiento menor, ya que sabemos que, por ejemplo, en el conejo lebrel el peso de sus intestinos representa del 11,92 al 13,36 por 100 del peso en vivo (1).

Si tenemos en cuenta que la parte más solicitada del conejo es el *cuarto trasero* y, a su vez, que su peso es superior al delantero, ésta será otra de las condiciones que a la raza deberemos exigir: supremacía del cuarto trasero sobre el delantero.

La cabeza, aunque entra dentro de lo que pudiéramos llamar peso en canal, tiene un aprovechamiento menor que el resto de su cuerpo; ésta deberá ser, pues, fina y de pequeño volumen.

En cuanto a sus *dimensiones*, aunque la *forma* redondeada, en bola, es la más atractiva para el mercado, no hemos de olvidar que animal que posea un esqueleto bien desarro-

(1) Véase pág. 32.

llado será de grandes dimensiones, y estas grandes dimensiones nos permitirán su relleno en carnes, siempre que sometamos al animal a un cebamiento y engrase racionalmente concebido.

Otro punto que hemos de tener en cuenta es el *temperamento*. Una raza de temperamento tranquilo y sôsegado, seguramente será de gran peso; aprovechará más completamente los alimentos y, debido a su carácter linfático y a la falta—mejor dicho—a efectuar un ejercicio moderado, las pérdidas que por éste sufra serán las mínimas. Por el contrario, un animal vivo y nervioso, ejecutará un ejercicio más activo, con sus pérdidas consiguientes, y, además, su mismo carácter restringirá el aprovechamiento de los ~~alimentos~~ ingeridos. Estas razas son impropias para el cebamiento.

Parece lógico, pues, que, como animal de rendimiento, cárneo y, sobre todo, como animal de engrase y cebo, se elijan razas tranquilas y de temperamento linfático.

No obstante, no olvidemos que precisamente estas razas son las que poseen sus órganos internos de un mayor volumen y peso, y que estos órganos, estómago e intestinos, no se aprovechan para la venta.

Respecto al *sexo*, los datos que vamos a aportar van a permitir sentar afirmaciones concretas.

Según experiencias verificadas, sabemos que

el peso del esqueleto del macho es sensiblemente mayor que el de la hembra; que el peso de los órganos internos del macho es mayor también, y que, asimismo, la piel del macho pesa más que la correspondiente a la de la hembra. Y como todas estas partes: esqueleto, órganos internos y piel no se aprovechan en el rendimiento cárneo, resultará que el rendimiento de la hembra será siempre superior al rendimiento del macho. Y así lo afirma también el Dr. Griepenburg al señalar un 15 por 100 como diferencia en el rendimiento de machos y hembras.

Como confirmación de cuantas afirmaciones hemos sentado hasta aquí, copiamos a continuación algunos datos experimentales que los comprueban.

Peso de los órganos internos de la hembra, el 25,6 por 100 de su peso en vivo.

Peso de los órganos en el macho, el 27 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel, término medio en ambos sexos, el 10,49 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel, en pequeñas razas, hembras, el 10,40 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel, en pequeñas razas, machos, el 11,1 al 13,5 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel, en raza media, el 16,40 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel, en razas pesadas, el 9,9 por 100 de su peso en vivo.

Vemos, pues, que producirán un rendimiento mayor las hembras que los machos.

En ciertas explotaciones ganaderas, la del cerdo por ejemplo, existe un problema de enorme importancia y es la producción de grasa. El exceso de grasa en la carne de ciertos animales provoca un descenso en el rendimiento económico. Por esta razón, la elección de raza y de alimentación es problema que conviene resolver en las explotaciones porcinas. En cambio, en Cunicultura, el exceso de grasa no constituye ningún problema, toda vez que la cantidad grasosa del conejo representa un tanto por ciento muy escaso del peso bruto del animal. En este caso, un exceso de materia grasa no sólo no perjudica al rendimiento económico, sino que lo favorece en cuanto al peso y en cuanto a la calidad.

Y partiendo de estas consideraciones, afirmaremos también la conveniencia de la explotación de hembras ya que en éstas la cantidad de grasa es siempre mayor que en los machos.

La cantidad de grasa que acumula el conejo depende de un gran número de factores, siendo quizás el más importante el trabajo o servicio a que se encuentre sometido.

Un animal en plan de trabajo sólo posee un 2,88 por 100 de su peso en vivo, de materia grasa; este animal, en reposo, poseerá, por término medio, un 5,01 por 100 de grasa.

En los machos la cantidad de grasa está re-

presentada por el 5,44 por 100, y en las hembras, por el 7,22 por 100 de su peso en vivo.

Y ya que de la producción de grasa tratamos, he aquí algunos datos interesantes sobre este extremo.

Los gazapos jóvenes sometidos a cebamiento toman difícilmente la grasa. La cantidad de alimentos ingeridos se traducen más bien en formación de carne. Por el contrario, en los adultos ya conformados y con su organización completa, debidamente desarrollados, el exceso alimenticio que pueda poseer su ración sobre la de entretenimiento la transformará en grasa.

Como consecuencia, si se desean animales con carne grasosa haremos de partir para su cebamiento de animales adultos; contrariamente, si lo que se desea son animales en cebó pero desengrasados, parlaremos de gazapos jóvenes.

También la estación del año posee marcada influencia. A no ser en localidades de temperatura extremadamente calurosa, durante la cual los conejos viven mal, no se observa durante el verano un descenso exagerado en el peso de los animales. Y es precisamente al principio del estío cuando el animal manifiesta una marcada tendencia y propensión a la acumulación de la grasa.

La formación de esta sustancia se inicia en la región del riñón y en los intestinos, y disminuye cuantitativamente en el bajo vientre, cuello, espalda, tórax, patas y pericardio.

Puede afirmarse que animal que no posee ninguna grasa en la región renal ha sido conejo mal sostenido, mal alimentado; su carne estará excesivamente desengrasada.

Un conejo con adherencias grasosas en el riñón, y aun en el intestino, poseerá una carne racionadamente grasosa.

Estas adherencias grasosas, en riñón e intestinos, se observan siempre en los animales sacrificados, aun sometidos al trabajo de la reproducción y de la lactancia, siempre que hayan sido debida y racionadamente alimentados.

Un conejo bien cebado, además de aparecer con el riñón total y absolutamente cubierto de grasa y con adherencias grasosas en el intestino, poseerá estas mismas adherencias en la región del cuello, lo que es conveniente no olvidarlo en el momento del sacrificio y de la extracción de la piel, a fin de que no se pierda esta grasa, que estará fuertemente adherida a la piel.

Por último, un corazón revestido de materia grasa, significa animal excesivamente cebado, lo que no aconsejamos por dos razones: por el mismo animal, cuya vida habrá dificultado el exceso de grasa, y por la economía, ya que representa un exceso en el gasto de la alimentación sin posible compensación económica.

Hasta ahora hemos examinado la conformación externa, el temperamento y el sexo, caracteres más bien individuales; faltan por

examinar otros daños de carácter más general, como son: la precocidad, la raza, la alimentación y la edad o momento más propicio y conveniente para el sacrificio del animal.

El beneficio, en toda industria, no es más que el margen o diferencia entre los ingresos y los gastos. Tratando de la producción de carne, el beneficio será tanto mayor cuanto mayor sea el peso del animal en venta y menor el gasto de su producción.

Hemos, pues, de tratar de obtener animales que en el mínimo tiempo nos produzcan la máxima cantidad de carne. Es decir, hemos de tratar de obtener animales precoces.

La precocidad es la primera y la más importante característica en Ganadería industrial.

Para obtener animales precoces se necesitan varias circunstancias, y, dejando aparte la consideración de la raza, señalaremos como principales: padres debidamente conformados y desarrollados; partos poco numerosos; fecundidad media, nunca excesiva, y destete no prematuro, además de una alimentación racional y abundante.

Si partimos de padres excesivamente jóvenes, la descendencia no podrá ser precoz. La precocidad se inicia en el claustro materno, se prosigue durante la lactancia y se completa y termina después del destete.

Una hembra joven, en gestación, deberá atender a su desarrollo y al desarrollo de los seres que se forman en el seno materno. No

podrá atender debidamente a las dos necesidades; ambas quedarán en defecto, y ni el animal madre se desarrollará normalmente, ni los hijos poseerán vitalidad suficiente con la característica de precoz. El mismo germen de los padres, en el momento de la concepción, puede ser deficiente, y, partiendo de malos embriones, difícilmente se podrán conseguir ejemplares de selección.

Los padres, en el momento de su cruzamiento, deberán encontrarse suficientemente desarrollados.

Pero no basta esta condición. Si los partos son numerosos, la gestación y la lactancia no solamente son operaciones continuas, seguidas, sino que se solapan, se unen, se funden y tienen lugar a la vez. Y el animal madre se ve obligado a absorber alimento para los gazapos que viven a sus expensas en el claustro materno, para los ya mayorcitos, que dormitan en el nidal o corretean por el parque, y a la vez, sin olvidar sus propias necesidades, tendrá que absorber su individual ración de entretenimiento.

¿Poseerá la coneja en su comedero la cantidad suficiente de alimentos para atender debidamente a la suma de estas tres necesidades? Y aunque las posea, ¿su estómago será capaz de absorber esa cantidad y de asimilarla suficientemente? Seguramente que no.

Y en estas condiciones, los embriones iniciarán su vida con deficiencias fisiológicas, lo que es bastante para afirmar que en su vida

post-uterina no podrán librarse de esa marca infamante de raquitismo precoz, característica completamente opuesta a la necesaria para obtener un máximo rendimiento económico.

Por otra parte, no olvidemos que la cantidad de leche materna va creciendo hasta el día 26 después de su parto, y que si los partos son excesivamente numerosos, los gazapos sólo podrán tetar veintinueve días, en cálculo optimista, tiempo insuficiente y contrario a la naturaleza, toda vez que se desaprovecha la leche de la coneja, precisamente en los días de su máxima producción.

Los partos no deberán ser, pues, numerosos; pero tampoco lo serán las nidadas.

El exceso en la fecundidad de la hembra perjudica a la precocidad de los hijos.

Las reservas alimenticias que la madre destina a la subsistencia de los gazapos que se desarrollan en su vientre, son limitadas y fijas. Si estas reservas son absorbidas por 6 gazapos, éstos crecerán normalmente; si la misma cantidad se distribuye entre 12 hijos, es lógico que estos 12 no podrán nunca alcanzar el mismo desarrollo que los anteriores.

Una vez nacidos, la leche de la madre, próximamente fija y determinada, ha de distribuirse también entre todos los gazapos nacidos. Las deficiencias observadas en la vida uterina se prosiguen y se agravan después del parto.

De aquí también la excesiva mortalidad in-

fantil en Cunicultura. No existe razón económica, ni aun egoísta y avariciosa, que nos conduzca a un exceso en la fecundidad. La excesiva o extremada fecundidad es no sólo una cualidad indiferente, sino muy peligrosa. No exaltemos esta cualidad en la coneja, de hecho excesivamente prolífica. Cinco o seis gazapos por parto constituyen una buena y económica nidada.

Ya hemos dicho anteriormente que el destete prematuro puede ser la ruina de un conejar; pero queremos afirmarlo otra vez por la importancia económica que posee y por los trastornos que ocasiona en la marcha normal de toda explotación cúnica.

No se trata ya de la práctica viciosa de poner la hembra al macho en el día mismo del parto, práctica que ha debido desaparecer en Cunicultura industrial. Tengamos presente que la coneja posee leche hasta los cuarenta y cinco días después del parto, como mínimo, y que únicamente después de sesenta días la hembra queda seca.

Estos datos nos prueban que el gazapo puede absorber la leche materna hasta una época variable entre los cuarenta y cinco y los sesenta días de su nacimiento. Esta será, deberá ser, la fecha de su destete, y no se deberá practicar jamás un destete prematuro, sobre todo teniendo presente que este destete se ha de unir a la MUDA, fenómeno y momento verdaderamente peligroso para el animal joven.

¿Se comprende fácilmente que unidas estas cuatro características: embriones procedentes de padres jóvenes, partos numerosos, nidadas extensas y destete prematuro, son suficientes para producir animales raquílicos y endeble, candidatos a la enfermedad y futuras víctimas? Huyamos, pues, de estas prácticas si queremos obtener animales precoces.

La raza posee una influencia muy marcada en el rendimiento. Haciendo abstracción de las conveniencias comerciales o de mercado, por las que veríamos la procedencia o improcedencia de explotar animales gigantes, fíjémonos en que cada raza posee características típicas que las distinguen económicamente.

Cada raza posee un desarrollo distinto, que se puede examinar mediante la Tabla de crecimiento del animal, aunque este crecimiento se encuentre condicionado y dirigido por una serie de factores externos, como el ambiente, alimentación y forma de explotación.

Es indudable que mientras un animal crezca en cantidad suficiente para compensar los gastos de entretenimiento de su vida, aumentado en el beneficio industrial que corresponda, puede ser conveniente su manutención. Pero no es menos cierto que nos interesará su sacrificio precisamente en el momento en que la diferencia entre los gastos e ingresos sea la máxima, que corresponderá seguramente al momento de su máximo desarrollo cuantitativo.

Este momento deberemos conocerlo y, para

ello, determinarlo prácticamente y en cada caso particular.

Pero existen otras causas más complejas que influyen en el rendimiento, y son: la calidad de la carne, su engrase o cebamiento, y la forma en que se verifica la asimilación de los alimentos, bien por acumulación de carne, bien por acumulación de grasa.

Este estudio, debidamente sistematizado, deberá ser el complemento indispensable para la acertada elección de la raza a explotar.

La alimentación.—El reposo en la abundancia es la única fórmula de progreso ganadero. De nada serviría un embrión potente, unos gazapos debidamente atendidos por la madre y procedentes de partos espaciados y poco numerosos, con destete prolongado, si en su vida libre los animales no encontraban la necesaria alimentación. Y no sólo la necesaria, sino la racional. Si interesante es la cantidad, no lo es menos la calidad.

No debemos olvidar que el conejo es una máquina de transformación. La máquina es el propio animal, y las primeras materias utilizadas son los alimentos. Y sin primeras materias la máquina, la fábrica, no trabaja, no funciona. Sin alimentos, el conejo no podrá producirlos carne, manufactura propia de esta industria. Y hemos de proporcionarle, a su vez, calidad en los alimentos necesarios, según sea la producción requerida, carne o grasa. La alimentación, terminaremos, es la base de la precocidad.

Edad.—Los animales no se desarrollan de manera continua. En primer lugar, su desarrollo sigue una proporción creciente desde el momento de su nacimiento hasta una fecha, fija para cada raza, en que llega a su máximo, y a partir de la cual decrece este desarrollo mensual hasta quedar prácticamente anulado.

Pero aun dentro de este desarrollo, gradualmente creciente, se observan dos períodos distintos; en el primero, el aumento de peso es sensible, mientras que en el segundo se observa, aparentemente, una detención en su desarrollo, ya que en este periodo lo que hace el animal es, real y verdaderamente, organizarse, atender a su crecimiento y a su formación. Durante el segundo periodo, el animal dedica su alimentación a llenar su esqueleto, y por esta razón, aparentemente al menos, nos da la sensación de que el animal no se desarrolla.

Podemos llamar al primer periodo, de crecimiento real, y al segundo, de llenado, que es el de crecimiento aparente. Estos periodos se repiten y, sumados ambos, nos proporcionan el crecimiento mensual a que nos referíamos al principio de este párrafo y que señalábamos como creciente y continuo desde su nacimiento hasta un máximo, y como decreciente y también continuo, desde ese máximo hasta su muerte.

Las consideraciones anteriores nos han de permitir fijar el momento oportuno y óptimo

para el sacrificio de los animales productores de carne, consignando estas características juntamente con las de la máxima calidad de la piel en las explotaciones mixtas.

Pero hemos de atender, además, a las exigencias comerciales o de mercado.

En Alemania, el tipo comercial de conejo es de dos kilogramos en peso vivo.

En América, son los más solicitados los que pesan en vivo 1,400 a 1,800 kilogramos, que resultan, aproximadamente, a una edad comprendida entre las ocho y las diez semanas de vida.

En Borgoña el conejo a los tres meses adquiere unos dos kilogramos de peso en vivo, y ese es el momento en que el comercio lo solicita.

En España, la clase obrera y media, principal clientela para esta clase de carne, gasta alrededor de 5 pesetas en su adquisición (1). Por tanto, el conejo comercial, en canal, ha de tener aproximadamente un kilogramo de peso.

RESUMEN

Como resumen de todo lo expuesto anteriormente vamos a condensar los datos experimentales que se relacionan con este problema y que permiten fijar un criterio en asunto tan importante, económicamente hablando.

(1) Observación hecha en el año 1936.

Peso de los órganos internos en la hembra, el 25,67 por 100 de su peso en vivo.

Peso de los órganos internos en el macho, el 27,74 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la grasa en conejo sometido a trabajo, el 2,88 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la grasa en conejo normal en reposo, el 5,01 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la grasa en conejo macho, el 5,44 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la grasa en conejo hembra, el 7,22 por 100 de su peso en vivo.

Peso útil de carne en la hembra, el 65,63 por 100 de su peso en vivo.

Peso útil de carne en el macho, el 57,03 por 100 de su peso en vivo.

Peso de grasa en animales medios, cebamiento, el 6,34 a 6,66 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la sangre (media), el 13,12 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel (media), el 10,49 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel en hembras raza pequeña, el 10,40 al 10,60 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel en machos raza pequeña, del 11,10 al 13,50 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel en raza media (media), 16,40 por 100 de su peso en vivo.

Peso de la piel en raza pesada (media), el 9,99 por 100 de su peso en vivo.

Peso del intestino del conejo lebrel, del 11,92 al 13,36 por 100 de su peso en vivo.